

La crítica ante Gertrudis Gómez de Avellaneda: la configuración de su identidad

LUIS T. GONZÁLEZ DEL VALLE
(Temple University)

Hija de la «Siempre Fiel Isla de Cuba», Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) -Tula- residió gran parte de su vida adulta en España. A Madrid se desplazó en 1840, después de haber pasado muy poco tiempo en Galicia y Andalucía. Enrique Piñeyro describió la efervescencia del ambiente romántico que por entonces encontró:

Era el período más brillante del renacimiento literario [romántico] [...] Vivían y escribían todos los adalides de la revolución literaria [...] La recién llegada poetisa, aplaudida, laureada antes en concursos celebrados en Sevilla y otras ciudades andaluzas, era también de antemano conocida de los literatos madrileños por sus versos [...] Reunía en su persona dotes que no podían pasar inadvertidas en parte alguna: juventud, hermosura, talento poético de primer orden y, como era de esperarse, la sociedad culta [...] y los diversos círculos literarios la recibieron con agasajo y la aclamaron con entusiasmo. Un año después de su llegada apareció [...] la primera colección de sus poesías con prólogo [de Juan Nicasio] Gallego, muy favorable [...] Su reputación quedó desde ese momento asegurada y su nombre repetido junto con el de los mejores escritores de la nación (Piñeyro 190?: 235).

Regresó a Cuba diecinueve años más tarde. Allí estuvo poco tiempo, entre 1859 y 1864. Lo hizo acompañada de su esposo, Domingo Verdugo. Si bien numerosos compatriotas le dieron una calurosa bienvenida al encontrarse casada con una alta figura del gobierno español en la posesión caribeña, otros tuvieron una reacción más ambivalente. A pesar del rechazo de algunos, en Cuba también triunfó y fue objeto de una calurosa acogida. En 1860, fue coronada en el Liceo de La Habana con ostentación y solemnidad de acuerdo a la crónica del acto hecha por el poeta Francisco Javier Balmaseda (Escoto 1911: 10, 123 y 128). Aprovechó su estancia para conocer a los escritores cubanos más importantes. Por entonces, sin embargo, ante don Ramón de la Sagra se quejó de la pobreza espiritual, del materialismo, que percibía en su patria de origen. Con él viajó desde La Habana hasta Cienfuegos en marzo de 1860 para reunirse con Verdugo, quien acababa de tomar posesión de esa plaza como su nuevo teniente gobernador. Sus experiencias con doña Gertrudis se narraron en un libro donde nos ha ofrecido un bosquejo de los atributos esenciales de su anfitriona:

La imaginación de mi amiga se parece a un fósforo que da luz al menor choque; y no luz pasajera y fugaz, sino constante e invasora como la de un incendio, con la diferencia de que no destruye, sino que fertiliza [...]. La Sra. Avellaneda es una mujer superior, en toda la extensión de la palabra; y no lo es solamente en sus escritos y en sus conversaciones inspiradas por la elevación del asunto, lo es siempre, incesantemente, en todas las circunstancias, hasta en las más comunes de la vida [... En]

la Avellaneda no hay instante de interrupción en su genio fecundo, ni circunstancia, por vulgar que sea, que no la inspire o sugiera reflexiones elevadas. Con tales cualidades, todo el mundo conocerá que debe *sentir y sufrir* mucho, del contacto de la sociedad tal cual está constituida. Empero, más habituada con lo primero que con la resignación que exige lo segundo, resulta que las contrariedades la asedian y la atormentan; y como la vida doméstica de la Isla de Cuba, por efecto de la servidumbre esclava, ofrece tantas causas para experimentarlas, mi buena amiga vive en una sempiterna lucha [...] Hablando de... «las pequeñeces y las miserias de la sociedad actual» su imaginación de fuego se exalta. Ofendida del contraste, herida por la contrariedad, atormentada por la lucha, declamaba contra la injusticia y el error, contra la ignorancia [...] contra las opiniones materialistas dominantes en una sociedad descreída, que osaba impertinente contradecir y como censurar las suyas. Esto la indignaba (Sagra 1861: 185-88).

Aunque Madrid fue escenario de sus grandes triunfos, la evocación de América fue, de una forma u otra, una constante a lo largo de su trayectoria. En el contexto de su nacionalidad, de su identidad y de sus intereses son fundamentales algunas observaciones hechas sobre ella durante el siglo XIX; estas advertencias modularon varias de las directrices que hasta hace poco motivaron el estudio de significativos aspectos sobre su vida y obra por parte de la crítica. Unas palabras de don José Zorrilla -escritor paradigmático dentro del Romanticismo español- incluidas en sus memorias, *Recuerdos del tiempo viejo* (1879/1880), sirven, por consiguiente, de punto de partida ineludible a este estudio sobre la configuración de la identidad de la Avellaneda por parte de los exégetas decimonónicos. Compuestas pocos años después de la muerte de Tula, con conocimiento de causa y perspicaz intuición crítica que raya en lo profético, identificaron algunos de los rasgos de su personalidad de doña Gertrudis, así como explicitaron el escrutinio al cual fueron sometidas su persona y obra durante su vida y tras su fallecimiento:

De vez en cuando aparecen y se destacan del fondo oscuro [...] de estos mis recuerdos, algunas [...] figuras [...]. Una de esta lumíneas, poéticas y celestes apariciones, es la de Gertrudis Avellaneda; quien, evocada por la revolución literaria de mi tiempo, la dio con su genio vigoroso impulso y con sus obras acusado carácter. Coleccionadas corren sus obras e impresa se lee su biografía; la maledicencia se ocupó de la mujer, la crítica de sus escritos, y la opinión ha hecho justicia de su memoria [...]. Gertrudis vino de Cuba, su patria, precedida de naciente reputación [...] En una de las sesiones matinales del Liceo se presentó *incógnito* [...], y la persona que la acompañaba me suplicó que diera lectura de una composición poética [...]; yo dirigía aquella sesión [...] No] tuve reparo alguno en [...] la lectura [...]. Subí a la tribuna, y leí [...] unas estancias [...] que arrebataron al auditorio. Rompióse el incógnito, y presentada por mí, quedó aceptada en el Liceo, y por consiguiente en Madrid, como la primera poetisa de España la hermosa cubana [...]. Porque la mujer era hermosa [...]. Su voz era dulce, suave y femenino [...]; pero la mirada firme de sus serenos ojos azules, su escritura briosamente tendida sobre el papel, y los pensamientos varoniles de los vigorosos versos con que reveló su ingenio, revelaban algo viril y fuerte en el espíritu encerrado dentro de aquella voluptuosa encarnación mujeril. Nada había de áspero [...], de masculino, en fin, en aquel cuerpo de mujer [...]: era una mujer; pero lo era sin duda por un error de la naturaleza, que había metido por distracción un alma de hombre en aquella envoltura de carne femenina [...] A mí, no viendo en ella más que la alta inspiración del privilegio ingenio, no me ocurrió siquiera que la debía las atenciones que la dama merece del hombre en la moderna sociedad; y la encontraba en el Liceo, en los cafés y en los

teatros como si no fuera más que un compañero de redacción, un colega y un hermano en Apolo (Zorrilla 1942: 2051-52).

Siguiendo los temas principales presentados en las palabras de don José, identifico a continuación varios elementos fundamentales que han configurado la interpretación de su identidad en el contexto de las letras hispánicas decimonónicas y durante los siglos XX y XXI. Entre ellos, en primer lugar, aparece una cuestión de índole nacionalista en cuanto a la reivindicación de su figura; en segundo, se discutirá la incertidumbre que existe en su escritura entre el componente ficticio y el histórico-biográfico; por último, habrá que recordar también la cuestión de la mujer escritora en esta época, tema que, en su caso, se manifiesta también en el frustrado intento de entrar en la Real Academia Española¹.

En cuanto al primer asunto, en su revelador comentario, el autor de *Don Juan Tenorio* alababa a la escritora por haber contribuido algo substancial a las letras españolas de su época al mismo tiempo que señalaba la tensión entre la difamación social y el reconocimiento crítico a su obra. Esta última aseveración se confirmaría a través de los múltiples artículos y libros que han aparecido inspirados por la obra de Tula, sobre todo durante recientes décadas. Si bien en sus afirmaciones, Zorrilla aludía a la «maledicencia» que caracterizó a quienes optaron por centrar su atención en aspectos puntuales de la turbulenta y apasionada vida privada de la autora, don José era por igual consciente que fue cubana de nacimiento lo cual no impedía, sin embargo, que la reclamase al sustentar que era «la primera poetisa de España» a mediados del siglo XIX. Es decir, para él ella ofrecía un carácter dual y, curiosamente, también unitario en sus rasgos definitorios: cubana por entonces no excluía, sino que implicaba ser española. Esta exégesis reconocía, de forma implícita, que las obras de doña Gertrudis encajaban plenamente dentro del variopinto ambiente y múltiples tendencias vigentes en la metrópolis sin que ni su origen, ni el interés en sus escritos por su tierra natal y lo hispanoamericano más amplio de forma alguna la hiciesen foránea. En Tula convergían, por tanto, varias facetas que resultaban plenamente comprensibles en términos políticos e históricos durante el siglo diecinueve: en su obra y vida se percibía la convergencia, la superposición y la hibridación de ambas culturas y de otras de origen europeo que la crítica más lúcida ha sabido explorar.

Pasando a las relaciones entre historia y ficción, las palabras de Zorrilla fueron y son significativas para aproximarse a una acertada interpretación de lo que nuestra escritora y su obra supusieron durante esta época. En primer término, cabe destacar la referencia a su «biografía» como uno de los factores que autoriza a apreciar la importancia de una trayectoria que singulariza su aportación a las letras. Esta mención es especialmente relevante en el caso concreto de Gómez de Avellaneda ya que, en la actualidad, una de las vías de acceso más directas a los acontecimientos objetivos y subjetivos de su existencia reside en los múltiples datos que ella misma llegó a incluir en las numerosas cartas y textos que, con marcado énfasis autobiográfico, firmó a partir de 1838. En ellos se percibe la voluntad autobiográfica de su autora. En sus cartas autobiográficas -donde la introspección y retrospección ocurren con frecuencia- ella se convierte inevitablemente en una intérprete de la realidad que impone coherencia al maremágnum de la existencia. Al hacerlo, estos textos conectan, en gran medida, con el intercambio que para James Duncan y David Ley resulta de capital importancia en el acto de descifrar textos autobiográficos:

¹ Con cierta libertad, amplíe substancialmente algunos juicios que expresé de otra forma en 2015.

la interpretación es un diálogo entre los datos de uno [el receptor o lector indeterminado y, lógicamente, desconocido a largo plazo...] y el [autor de la carta] que está anclado dentro de contextos intelectuales e institucionales concretos [como, por ejemplo, ciertos usos amorosos e ideas motivadas -en el caso de Tula- por las creencias heredadas del Siglo de las Luces y el Romanticismo, convenciones sociales propias del siglo XIX]. Es precisamente la naturaleza interpersonal [...] del método hermenéutico lo que constituye un reto a la mimesis, ya que una «copia perfecta» del mundo no es claramente posible si el intérprete [el autor de la carta] está presente en esa copia textual (Duncan y Ley 1993: 3).

La imposibilidad de ofrecer una «copia perfecta» a que se ha aludido es simplemente una opción eminentemente lógica en textos de esta naturaleza: refleja, utilizando el concepto acuñado por Roman Jakobson en 1935, lo dominante -lo que se enfatiza- en las crónicas epistolares avellanedinas (Jakobson 1987: 41-44). Si bien la susodicha potencialidad referencial es perceptible en los escritos autobiográficos de doña Gertrudis, resulta necesario recordar que también se encuentra presente -en ocasiones, en menor grado- en relatos suyos donde no se escucha la voz de un narrador en primera persona. No se olvide que incluso en el arte supuestamente más «objetivo», en la fotografía, existen múltiples modos de manipular la imagen que pueden cuestionar una «copia perfecta» del mundo ancho y ajeno. En consonancia con lo ya aseverado, en sus cartas la Avellaneda se autoconstruye, hasta cierto punto, como un personaje de un relato y mediante estrategias similares de composición y escritura se convierte en palabras que comunican información tanto sobre su «yo» como sobre el sistema ideológico con el cual comulga y en el que justifica sus creencias. Es decir, en el caso específico de sus epístolas, ella funciona a la vez como personaje, narradora y autora al ofrecer un texto con características propias de la ficción narrativa donde utiliza, como es lógico, muchos de los mismos artificios/recursos empleados en este tipo de textos al mismo tiempo que alude un mundo con antecedentes históricos/físicos reconocibles para quienes han leído y leen sus cartas (o sea, sus destinatarios originales y quienes las leen más tarde). En consecuencia, no importa demasiado la intencionalidad enunciada por la Avellaneda en sus cartas: lo fundamental recae en lo que *de facto* hizo -plasmó, fabricó, confeccionó, erigió y creó- a través de sus epístolas.

Volviendo a los comentarios de Zorrilla sobre Gómez de Avellaneda: sus palabras merecen una especial atención debido a que identifican ciertos rasgos que definen su identidad y que facilitan la comprensión más profunda de la singular situación en la que ella se desarrolló y la problemática de género que la valoración de su actividad creativa desencadenó en el mundo de las letras hispánicas. Específicamente, para el autor de *El zapatero y el rey*, aunque caracterizada fisonómicamente por rasgos femeninos que acentuaban su belleza, su esencia era masculina como resultado de su ingenio, la fuerza de sus convicciones y la alta calidad de sus escritos. Esta transitividad que permite que ciertas características asignadas a la obra se desplacen al autor ha afianzado la idea de una manifestación creativa «contra natura» en el caso de las escritoras decimonónicas y ha sido un lugar común en las observaciones de varios de sus comentaristas. Es así que Antonio Ferrer del Río afirmaba que «[no] es la Avellaneda poetisa, sino poeta: sus atrevidas concepciones, su elevado tono, sus acentos valientes son impropios de su sexo» (Ferrer del Río 1846: 309). Antes, por su parte, Juan Nicasio Gallego, en su introducción a la primera edición de las *Poesías* de Tula, en 1841, después de elogiarlas concluía que «todo en sus cantos es nervioso y varonil: así cuesta trabajo persuadirse que no son obra de un escritor del otro sexo. No brillan

tanto en ellos los movimientos de ternura, ni las formas blandas y delicadas, propias de un pecho femenino» (Gómez de Avellaneda 1869: ix); mientras que Manuel Bretón de los Herreros pronunciaba una sentencia que pasó a ser emblemática en la caracterización de la autora a partir del siglo XIX: «es mucho hombre esta mujer» (Cejador y Frauca 1917: 290). Hicieron eco de esta afirmación, por ofrecer tres ejemplos significativos, Nicomedes Pastor Díaz al aseverar que sus poemas poseían «una inspiración vigorosa y viril» y que «en el círculo de la literatura se olvidó su sexo [...] para realzar la admiración y el mérito» que su obra provocaba (Gómez de Avellaneda 1869: xx). Por su parte, en la *Aurora del Yumurí* de Matanzas, Cuba, el 8 de octubre de 1861, se anunciaba la próxima visita de la autora a la ciudad y exhortaba a sus ciudadanos a recibir «con una recepción brillante a la eminente escritora con cuyo varonil talento ha sabido enriquecer al parnaso español» (Escoto 1911: 84); el tercer ejemplo lo ofreció José Martí al indicar que «no hay mujer» en nuestra autora (Martí 1963: 311). Y lo que es aún más singular, ella misma, en una carta a Cepeda, mencionó que su persona reunía la «profundidad de sentimientos [...] que solo son propios de los caracteres fuertes y varoniles» (Gómez de Avellaneda 1914: 47). En los ejemplos citados -incluyéndose el de Tula misma- se la trataba de convertir, *de facto*, en un monstruo hermafrodita, mitad hombre y mitad mujer, privándola de la posibilidad de armonizar la faceta creativa con su género y, simultáneamente, enfatizando el sistema que en teoría se ponía en entredicho. En otras palabras, al mismo tiempo que se elogiaba su obra, se le privaba de su especificidad genérica. De ahí la sorpresa de Carolina Coronado cuando, ante el tratamiento recibido por doña Gertrudis, se preguntaba en un artículo «¿Cómo, decía yo asombrada y afligida, aquella mujer hermosa que he visto coronada de flores y laureles no es una poetisa? ¿Qué estrella infausta preside a la gloria de nuestro sexo, para que semejante transformación se haya verificado?» (Coronado 1861: 10). Como se ha mencionado, con el acto de masculinizar a nuestra autora, por tanto, se subvertía en apariencia el orden considerado «natural» en función de la supeditación de la mujer al hombre y definición de los roles genéricos en la sociedad, aunque en realidad demostraba lo férreas que resultaban estas categorías. Conviene no olvidar, sin embargo, que, como bien indicó Marina Mayoral, al elogiar a las escritoras durante el siglo XIX, se les asignaban características masculinas en virtud de una red de metáforas y metonimias que equiparan el poder creador (o genésico) y activo a un principio masculino (Mayoral 1997: 555). Ello es corroborado en los tratados de literatura de la época (por ejemplo, los escritos por Bautain, Mata Araujo y Arpa y López). La ansiedad y la inseguridad manifestada ante el posible ejercicio de ciertos derechos básicos por parte de la mujer revelaba el sistema de privilegios subyacente, al mismo tiempo que ponía en evidencia la conveniencia de escudarse tras un discurso socio-cultural que afirmaba la naturaleza trascendente de dicho orden. Este sistema se extendía por todo el entramado social y servía para ocultar la supeditación de la mujer y para mantener los privilegios del hombre.

A lo dicho previamente se debe agregar un suceso que impacta adversamente a doña Gertrudis y que evidencia las consecuencias reales tras la retórica arriba mencionada. El incidente lo contextualizó don Alonso Zamora Vicente en términos de la robusta «oposición generalizada, tradicional, rutinaria, hacia la proyección social de la mujer» (Zamora Vicente 1999: 486). Sobre este acontecimiento también se expresó la condesa de Pardo Bazán a través de unas palabras que escribió en una carta abierta de tono intimista dirigida a una Avellaneda ya fallecida: «[p]odría yo jurar que el amarguísimo desengaño [de no ser admitida en la Real Academia...] te habrá sido amargo, sí, por lo que siempre amarga a un alma generosa el espectáculo de la injusticia y la pequeñez»

(Pardo Bazán 1889: 164). En sus palabras, la autora de *Los pazos de Ulloa* reconocía el daño sufrido por doña Gertrudis y, por extensión, el género femenino ante la intransigencia del llamado «sexo fuerte» y ante el arbitrario ejercicio de su poder; este agravio justificaba, por supuesto, la actitud «beligerante» de la escritora gallega (la propia doña Emilia llegó a padecer en carne propia un desaire semejante al de Tula). Es decir, la injusta discriminación a la que fue sometida la Avellaneda por el simple hecho de ser mujer, no debe ser concebida simplemente como una serie de datos históricos, abstractos y distantes, ya que dichos atropellos motivan y ejemplifican el sufrimiento real que sintió cuando la Real Academia no aceptó su candidatura. Este pesar vital es expresado explícitamente en una carta a su antiguo amante, Ignacio de Cepeda, el 26 de marzo de 1856: «a más de los disgustos de mi familia, el cansancio del mundo, el hastío de las realidades de esta pícara existencia y el vacío profundo de mi pobre corazón [...], todo se reúne para inspirarme lejanía de la sociedad y afecto al retiro [...] Siento la necesidad de algo grande que saque mi vida del estado de marasmo en que he caído. Aquí todo me cansa ya» (Gómez de Avellaneda 1914: 240-41). Este desazonado y pesimista estado de ánimo, indudablemente, respondía a su «desventura de ser mujer y poeta» en una época en la cual muchos consideraban, como ya se ha especificado, ambas cualidades francamente incompatibles e irreconciliables. Debido a sus repercusiones vitales y al carácter representativo de los obstáculos que doña Gertrudis trató de superar, el episodio de la Real Academia es uno de los más mencionados y estudiados en la vida de la escritora. Como he tratado de demostrar en 2004, no sorprende que en sus cartas así como en la comedia *Oráculos de Talía* y otros artículos -incluyendo los cuatro sobre «La mujer»- se expresase con cierta negatividad y vehemencia al atacar el desigual trato aplicado a las mujeres. El incidente entre la Avellaneda y la Academia junto a sus creencias feministas han sido considerados fundacionales en la reivindicación de los derechos del ser humano cuando en dichas convicciones se objeta también contra ciertas configuraciones de la identidad basadas en ideas preconcebidas, estereotípicas. Es decir, resultaron y resultan fundamentales si se pretende entender la polarización que provocaron y siguen provocando años más tarde entre algunos de los comentaristas de su vida y obra. La susodicha polémica ha coloreado y continúa coloreando, a veces, de forma adversa y otras con excesivo beneplácito la figura y la obra de Gómez de Avellaneda. De esta manera, si por una parte, sus acciones en lo concerniente a la docta casa provocaron inmerecida censura por parte de algunas figuras masculinas dedicadas a la crítica; por otra, algunos especialistas optaron por asignarle a su vida y obra -quizá por razones igualmente ideológicas- una perfección a veces desmesurada. En suma, la identidad de Gómez de Avellaneda fue configurada por Zorrilla y otros escritores decimonónicos por las razones apuntadas sucintamente hasta aquí.

Bibliografía

- ARPA Y LÓPEZ, Salvador. (1874). *Principios de literatura general o Teoría del arte literario*. Cádiz. Imprenta de la Revista Médica.
- BAUTAIN, Luis Eugenio Maria. (1857). *Estudio sobre el arte de hablar en público*. Barcelona. Imp. de la Publicidad.
- CEJADOR Y FRAUCA, Julio. (1917). *Historia de la lengua y literatura castellana*. Madrid. Tip. de la Revista de Archivos, Bibl. y Museos. Vol. 7.

- CORONADO, Carolina. (1861). «Galería de poetisas contemporáneas. Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda». *La América. Crónica Hispano-Americana*. 5. 10-11.
- DUNCAN, James y David LEY. (1993). «Introduction. Representing the Place of Culture». *Place of Culture/Representation*. Londres. Routledge.
- ESCOTO, José Augusto. (1911). *Cartas inéditas y documentos relativos a su vida en Cuba de 1859 a 1864*. Gertrudis Gómez de Avellaneda. Matanzas. Imprenta La Pluma de Oro.
- FERRER DEL RÍO, Antonio. (1846). *Galería de la literatura española*. Madrid. D. F. de P. Mellado.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis. (1869). *Obras literarias*. Prólogo de Nicasio Gallego. «Noticia biográfica» de Nicomedes Pastor Díaz. Madrid. Imprenta y Estereotipía de M. Rivadeneyra. Vol. 1.
- . (1914). *Autobiografía y cartas*. Prólogo y necrología de Lorenzo Cruz de Fuentes. Madrid. Imprenta Helénica.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, Luis T. (2004). «Aspectos de la sociedad decimonónica en unas cartas de Gertrudis Gómez de Avellaneda». *Revista Universidad de La Habana*. 260. 5-37.
- . (2015). «Introducción». *Antología. Novelas y ensayo*. Madrid. Biblioteca Castro.
- JAKOBSON, Roman. (1987). «The Dominant». *Language in Literature*. Cambridge. Harvard University Press.
- MARTÍ, José. (1963-1973). «Tres libros. Poetisas americanas». *Obras completas*. La Habana. Editorial Nacional de Cuba. Vol. 8.
- MATA ARAUJO, Luis de. (1841). *Elementos de retórica y poética*. Madrid. Norberto Llorrenci.
- MAYORAL, Marina. (1997). «Romanticismo y poesía femenina». *Historia de la literatura. Siglo XIX (I)*. Guillermo Carnero. Madrid. Espasa Calpe.
- PARDO BAZÁN, Emilia. (1889). «La cuestión académica. A Gertrudis Gómez de Avellaneda (en los Campos Elíseos)». *La España moderna*. 2. 173-84.
- PIÑEYRO, Enrique. (190?). *Bosquejos, retratos, recuerdos*. París. Garnier.
- SAGRA, Ramón de la. (1861). *Historia física, económico-política, intelectual y moral de la isla de Cuba*. París, Hachette.
- ZAMORA VICENTE, Alonso. (1999). *La Real Academia Española*. Madrid. Real Academia Española/Espasa.
- ZORRILLA, José. (1943) «Gertrudis Gómez de Avellaneda». *Hojas traspapeladas de los Recuerdos del tiempo viejo. Obras completas*. Valladolid. Santarén. Vol. 2.